

RUMORES de descontento en los cuarteles portugueses ante el nuevo Gobierno Soares, que significa una inclinación a la derecha. Se habla otra vez de los capitanes: de sus reuniones discretas, de algunas tal vez clandestinas; de los manifiestos y escritos que circulan entre ellos. Les ha pasado una tristísima aventura. Lanzaron una revolución y se les ha muerto entre las manos, sin saber cómo. Una revolución muy especial, donde el viento de fiesta que suele presidir todos los inicios de las revoluciones no estuvo acompañado por la sangre y el duelo que las suelen acompañar. Claveles y canciones, y una esperanza de un amanecer nuevo en la Historia. Todo termina con este Gobierno que juró su cargo el lunes: con titularidad socialista y con el nombre de uno de los grandes personajes históricos de la revolución, Mario Soares, pero acusado por la Intersindical de entregar puestos importantes de la dirección del país a personajes "comprometidos con el fascismo", fruto de lo que el Partido Comunista llama "una alianza monstruosa". La alianza es la del Partido Socialista con el Centro Democrático Social. Que perturba ya el interior de los dos partidos coaligados: una corriente izquierdista dentro del socialismo reniega de la alianza, por derechista y por abandonista —de las posiciones marxistas originales, de los principios de la revolución—, y otra corriente del CDS critica a sus dirigentes pactistas por formar parte de un Gobierno demasiado a la izquierda, destinado a una crisis próxima, que puede arrastrar con él al CDS que consideraban como una reserva para más altos destinos.

El proceso de tránsito desde la dictadura y el autoritarismo en España y en Portugal tiene perfiles radicalmente distintos. En España es un deslizamiento que va a más, en Portugal es una irrupción que, después, va a menos. Podría decirse que el deslizamiento español comienza prácticamente en el momento en que pierde la guerra Alemania —el nazismo— y, a pesar de respuestas espectaculares al cambio en el mundo exterior —como la plaza de Oriente— numerosas fuerzas interiores comprenden que el contexto mundial ha cambiado y que hay que iniciar una adaptación: la culminación de la guerra fría —sostenimiento de baluartes contra la URSS y el comunismo— retiene un tiempo la necesidad de cambio, pero ésta se va produciendo y, a partir del momento en que el enfrentamiento global se atenúa y la guerra abierta se declara imposible, comienza una aceleración de cambio y una dialéctica entre las fuerzas dominantes en la que van poco a poco asegurándose las de carácter re-

PORTUGAL A LA DERECHA

EDUARDO HARO TEGLEN

formista, luego rupturista. La muerte de Franco y su sucesión prevista por las leyes da un carácter natural al cambio, que se había producido en vida del dictador y se había acentuado en sus últimos años; a partir de ese momento, el proceso es mucho más rápido y la dialéctica de las opciones entre las fuerzas dominantes se va resolviendo con el desmayo lento de los continuistas —reducidos ya a las amenazas, a los actos desestabilizadores— y la consolidación de los rupturistas. El decorado y la ambientación cambian ya rápidamente. El desencanto español es el de que ese proceso no avance con la velocidad necesaria —las generaciones, ahora, tienen prisa: no tienen tanto interés en legar un buen futuro a sus sucesores, sino en gozar del presente aquí y ahora—. El desencanto español consiste en que aparece una diferencia considera-

ble entre la ambientación y el decorado y la acción real, la acción interna del cambio.

El proceso portugués es el de una irrupción de una democracia instantánea y popularista. Los partidos de la izquierda no tienen necesidad de gestionar o de implorar su reconocimiento: es automático. La vieja y tradicional pobreza del país cree en la revolución auténtica: ocupa viviendas y tierras, produce la autogestión de las empresas. Cuando se produce una contrarrevolución —Spínola— la aplasta fácilmente. En Portugal no se había producido el deslizamiento interior español. La caída de Alemania le afectaba menos: había mantenido relaciones privilegiadas —históricas— con Gran Bretaña y Lisboa, aun siendo un nido de espías, continuó siendo el último nexo entre Europa y Estados Unidos —aunque no fuese más que por el famoso Clipper—. El fascis-

mo portugués se encontró con menos presiones exteriores, no tuvo la necesidad de aparentar ni de buscar posturas de cambio y su capital resultó no sólo intacto, sino beneficiado: más aún por la explotación colonial. Los intentos de Caetano —después de la muerte de Oliveira— fueron puramente aparentes. El país estalló por su pobreza y los militares por la guerra colonial imposible. A partir de ahí se produce el proceso inverso al español. Si España parte de la duda, de la sospecha de las imposibilidades hacia una mejora continua, Portugal parte de la totalización del 25 de abril, en la que el mundo comenzaba de nuevo, hacia la degradación revolucionarla, hacia la nueva dominación de la derecha que acaba de dar este nuevo paso. El intento de movilización de los militares de izquierda —Oteló de Carvalho, Rosa Coutinho— en noviembre de 1975 va al fracaso, y la condena de sus protagonistas. Los héroes de abril van siendo aislados en guarniciones más o menos lejanas. Hay una ola de sentido común. Cuando el general Eanes llega a la presidencia, se pronuncia contra las "demagogias", contra las "utopías", contra las "revindicaciones irrealistas"; cuando llama a Mario Soares para que forme Gobierno, éste niega el "surrealismo revolucionario". Doscientas veinte empresas de autogestión vuelven a sus propietarios y 101 grandes fincas agrícolas. Hay que depurar el Ejército. Se encarga de ello Firmino Miguel, colaborador y dicen que confidente de Spínola; ha sido nombrado ministro de Defensa en el Gobierno que juró el lunes. La consigna y la razón de la depuración la da el propio Presidente de la República, general Remalho Eanes: hay que "eliminar las secuelas del período turbulento que precedió al 25 de noviembre, durante el cual las Fuerzas Armadas estaban transformándose en bandas armadas al servicio de intereses de partido". Un periódico gubernamental —socialista— ataca al Consejo de la Revolución que no tiene "ninguna legitimidad nacional" y es el principal obstáculo a la democracia. El ministro de Educación y Cultura, Sotomayor Cardia —socialista de derechas— explica que "ser revolucionario en el Portugal de hoy consiste en ser moderado"; vuelve a ser ministro de Educación en este nuevo Gobierno. El 18 de marzo del año pasado, el general Oteló de Carvalho y el almirante Rosa Coutinho son condenados por "actos ilegales y malos tratos" y por haber "querido destruir el Ejército tradicional"; un Decreto de la semana pasada les rehabilita —si lo solicitan—, pero también el general Spínola, protagonista del intento de golpe de estado de la derecha, y a unos doscientos oficiales



El primer ministro portugués anuncia su nuevo Gobierno: un Gabinete escorado a la derecha.

PORTUGAL

separados del servicio. Es un intento de tranquilizar al Ejército, de calmar a los capitanes y de ofrecerles las condiciones de una nueva neutralidad: se eliminan las sanciones, pero a condición de que se queden en sus cuarteles todos y que no intervengan en política. ¿Todos? Claro que no: el general Ramalho Eanes sigue presidiendo la República a su manera conservadora, el coronel Firmino Miguel tiene toda la responsabilidad del Ejército desde el Ministerio de Defensa.

Pero el Partido Socialista de Mario Soares no era, sin embargo, garantía suficiente para esta derecha recuperada. No olvida la derecha fácilmente a Soares abrazado a Cunhal, que ni siquiera es eurocomunista ni está claro que haya dejado de ser stalinista, en el estadio de Lisboa en el 1 de mayo de 1974; no se olvida que con toda su clara tendencia a la socialdemocracia sigue siendo marxista. La derecha dejó de sostenerle al mismo tiempo que la izquierda se alejaba cada vez más. Soares no podía continuar con su gabinete exclusivamente socialista, pero no podía apoyarse en el Partido Comunista. Como no puede apoyarse Andreotti en Italia, ni Mitterrand en Francia. Ni es su vocación, ni se lo hubieran consentido. Fuera o dentro. Los rumores de una subversión armada de la derecha son bastante consistentes. Más que los que indican que los capitanes revolucionarios podrían salir de sus cuarteles. En este aislamiento se abrió la crisis. Y la crisis ha conducido a este Gobierno de socialistas, con un cierto predominio del ala moderada —la derecha del partido— y los conservadores del Centro Democrático Social.

Con unos telones de fondo tenebrosos: la nostalgia revolucionaria de algunos militares y de las fuerzas de la izquierda, la pobreza en aumento y la falta de salida para las clases menesterosas. Y la indigencia de la economía. Este Gobierno mixto tiene que restaurar la confianza del capital interior y exterior: tiene que asegurarse que no hay riesgo revolucionario, ni autogestionario, y que su dinero tiene posibilidades de crecer. La primera convicción la tiene que llevar al Fondo Monetario Internacional, del que esperan un préstamo de 750 millones de dólares. La negociación la tienen que conducir el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Victor Sa Machado, conservador del CDS, y Victor Constancio, socialista moderado, tecnócrata. Son personas que tienen que llevar al ánimo del Fondo Monetario, y de los países que pueden dar —prestar o inver-

tir— dinero que van a cumplir las duras condiciones que se les imponen. Es decir, un plan de austeridad. Se sabe lo que pasa con los planes de austeridad: hay quienes tienen todavía puntos en el cinturón para poderlo estrechar, hay quienes un apretón más les estrangula. Se lucha contra la inflación congelando los salarios, pero se estimula al capital dejando flotar los precios. Las organizaciones sindicales emiten ya sus protestas: es cierto que hay que aumentar la productividad, es cierto que hay que sanear la economía, pero todo esto no se puede hacer a costa de los obreros. Entre otras razones, porque los obreros ya no pueden resistir más. La sensación que tuvieron al terminar el régimen fascista de que iban a salir de su miseria ha caducado ya. Se ven arrojados a los mismos niveles de vida de antes, o peores. Lo cual es más insoportable cuando se ha creído tener la revolución en las manos. El Partido Comunista ha quedado intacto en la crisis: su papel vuelve a crecer y podría ocurrir que algunos de los "gru-

púsculos" que tanta importancia tuvieron en la posrevolución portuguesa se le sumaran, por lo menos en acciones concretas. Al mismo tiempo, la gran derecha no confía, no espera gran cosa de este Gobierno híbrido. Creen que la continuación de Soares al frente del Gobierno, aun coaligado, es una trampa que se les tiende. Preferirían un Gobierno enteramente de derechas —lo cual no parece tolerable con la composición actual del Parlamento; y la posibilidad de unas elecciones generales nuevas no abriría mayores posibilidades a la derecha— que gobernase según sus intereses, que en su filosofía son los mismos del país. La Confederación de la Industria —en palabras más simples, la patronal— no cree en este Gobierno. La Confederación de Agricultores —terratenientes— abre un plazo de tres meses de relativa confianza para medir los resultados iniciales del Gobierno.

Las cuestiones que se abren en este momento son, por lo tanto, estas: 1. El Gobierno de mayoría socialista, con tres ministros con-

servadores y un independiente y un militar (conservadores por sí mismos), intranquiliza profundamente a la izquierda. 2. Los militares jóvenes se inquietan por el escamoteo de la revolución. 3. Dentro del Partido Socialista se escinde un grupo a la izquierda —figura visible, López Cardoso— que repudia esta coalición. 4. Dentro del CDS hay tendencias opuestas a la participación en el Gobierno. 5. Dentro del Gabinete hay tensiones ya entre socialistas y conservadores. 6. La gran derecha que representa el patronato industrial y la posesión de la tierra desconfían del nuevo Gobierno. 7. El capital internacional querría sostener esta experiencia, pero no cree en su duración.

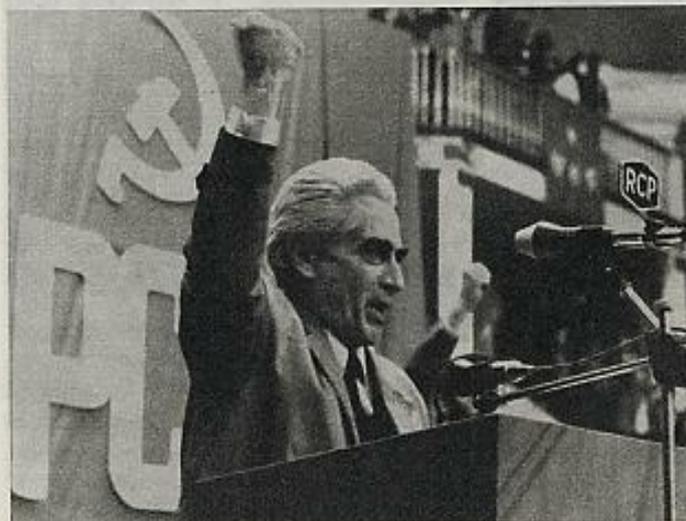
No hay, por lo tanto, ningún buen pronóstico para el nuevo Gobierno de Soares. La posibilidad de una insurrección militar hacia la izquierda no debe pasar en estos momentos de los rumores en los cuarteles, pero está la amenaza de que en un momento dado la miseria, el paro y la desesperación puedan producir un conato de revolución que apoyaría en principio estos militares. Tampoco se puede descartar el golpe contrario: el de la derecha que formó parte del antiguo régimen, que tiene apoyos importantes en el generalato y en algunos jefes del Ejército, tratan de lanzar una contrarrevolución precautoria, ante la agitación social que pueda comenzar a aparecer.

El panorama es escasamente satisfactorio. Y si bien los procesos de España y de Portugal están siguiendo caminos inversos aunque convergentes hacia un mismo fin designado —una democracia fuerte, controlada y limitada—, no hay que olvidar la capacidad de influencia que cada uno de los dos países ejerce sobre el otro.

Entre las no identidades entre España y Portugal que conviene señalar, para evitar equívocos, están las grandes diferencias entre partidos de izquierda. Ni Mario Soares y sus socialistas representan lo que puede representar en España en estos momentos Felipe González y su partido, que están más a la izquierda y suponen un contrapeso considerable a un Gobierno de derechas, ni el Partido Comunista de Alvaro Cunhal, ajeno al eurocomunismo e incluso a la desestabilización, puede servir de punto de referencia para el Partido Comunista de España de Santiago Carrillo, empeñado en una tarea de estabilización de la democracia y de apertura de confianza en las clases dominantes. Si en la extrema derecha portuguesa y española se pueden ver identidades y en algunos casos colaboraciones, la derecha moderada es más contemporizadora en España que en Portugal. La pobreza popular es más aguda en Portugal, como situación económica; y las clases militares tienen formaciones y operativos muy distintos en los dos países. ■



Soares con su nuevo ministro de Exteriores, el conservador del CDS, Victor Sa Machado.



La constitución del nuevo Gabinete, con incorporación de elementos conservadores y tecnócratas del CDS, ha sido duramente criticado por los comunistas de Cunhal.